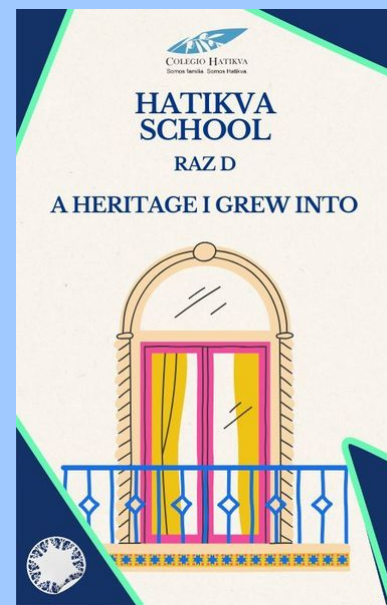




A Heritage I Grew Into



Name: **Raz D**

Gender: **Male**

Country of residence: **Spain**

Writing language: **English**

My name is Raz, a 15-year-old living in Barcelona with Israeli nationality. I have a twin brother, an older sister, and I love football, music, video games, and animals. Growing up between different cultures has shaped a big part of who I am.



Nunca llegué a comprender realmente lo que significaba ser judío. Una simple cena familiar algunos viernes de vez en cuando, o una visita anual a la sinagoga para ver cómo el rabino intentaba tocar el shofar, eran simplemente parte de la rutina. Se sentía casi como algo forzado, en lugar de algo verdaderamente significativo en mi vida.

Me llamo Raz. Soy un chico judío de 15 años que vive en Barcelona y tiene nacionalidad israelí. Tengo un hermano gemelo llamado Ram y una hermana mayor llamada Idan, que tiene 17 años. Mis principales aficiones son los deportes, especialmente el fútbol, la música y los videojuegos. He crecido toda mi vida rodeado de mascotas, habiendo tenido más de 20 a lo largo de los años, aunque actualmente solo tengo un perro llamado Snoopy.

Mis dos padres, nacidos en Israel, emigraron de su país natal a España por una oportunidad de trabajo, con la intención de regresar a Israel al cabo de unos años. Les encantó su vida en Barcelona y, después del nacimiento de Idan, decidieron quedarse. Durante esta transición, pareció que dejaron allí parte de su cultura judía. Fui a un colegio judío hasta los 6 años, una etapa de la que recuerdo muy poco o prácticamente nada. Después, mis padres me matricularon en un colegio americano para asegurarse de que mi primer idioma fuera el inglés, ya que pensaban que eso me prepararía bien para el futuro.

Al tratarse de un colegio internacional, crecí rodeado de todo tipo de personas, procedentes de distintos lugares, contextos y culturas. Esto me enseñó que cada persona es diferente a su manera, pero también me hizo ver como algo normal el hecho de ser diferente. Nunca sentí que yo fuera más distinto que cualquier otro niño simplemente porque no fuera igual que ellos; ellos tenían sus tradiciones y yo tenía las mías.

Sí, crecí siendo judío, pero nunca había sentido realmente que fuera diferente a cualquier otra persona por motivos religiosos, ya que mi familia no practicaba la religión de una manera muy estricta. Nunca fuimos kosher —de hecho, hasta hace unos años no conocía el verdadero alcance de la kashrut; simplemente pensaba que consistía en no comer cerdo—, apenas celebrábamos las festividades y, cuando lo hacíamos, era únicamente en casa, sin llegar a realizar plenamente las oraciones. Además, rara vez interactuábamos con la comunidad judía local.

A medida que fui creciendo, me fui alejando cada vez más de mi judaísmo. Nunca había sentido que fuera una parte especialmente importante de mi vida, sino más bien algo que heredé al nacer y que influía en quién era, no físicamente, sino espiritualmente. Por eso, a medida que yo crecía, sentía que esa parte de mí se hacía cada vez más pequeña.

Mi parte favorita de cada año era viajar a Israel para visitar a mis familiares. Para mí, era como entrar en un mundo completamente diferente. Esto se hizo especialmente evidente cuando cumplí 13 años, durante el viaje a Israel por mi bar mitzvá. Visité Jerusalén a fondo y participé en numerosas visitas guiadas por los distintos “shuks” y destinos turísticos típicos. Caminar por lugares cargados de la historia de mi cultura tuvo un gran impacto en mí. Ver cómo mi pueblo había evolucionado allí durante tantos años, recorrer las mismas calles y visitar los mismos lugares me hizo sentir una conexión especial. Este viaje me ayudó a conectar con mis raíces, aunque al mismo tiempo todavía me quedaba muchísimo por aprender sobre mi herencia.

A mediados de octavo curso, me trasladaron de nuevo al colegio judío en el que había estado de pequeño, el Colegio Hatikva. Al principio, rechacé la idea. Quería mucho las relaciones que había construido en mi anterior colegio y no quería irme. Sin embargo, después de pasar unos meses en el nuevo colegio e interactuar no solo con las personas, sino también con la cultura, me di cuenta de que mis padres no podrían haber tomado una mejor decisión.

Durante mi experiencia en este colegio, he aprendido muchísimo sobre mi religión, mis raíces y mi herencia. Desde cosas pequeñas, como repartir jalá y cantar algunas canciones en hebreo, hasta celebrar séderes completos durante Pésaj. También empecé a involucrarme un poco más en mi comunidad, asistiendo en ocasiones a actividades organizadas por sinagogas o por grupos locales de adolescentes judíos. Aprendí que el judaísmo no es solamente una religión; también es una comunidad, un grupo de personas que siempre estará ahí para apoyarte.

Ahora que he descubierto la profundidad de esta religión, si soy sincero, me asusta un poco. Es tan compleja que comprenderla por completo parece imposible, pero precisamente eso es lo que la hace tan fascinante. Aunque pueda dar miedo, no podría sentirme más orgulloso de decir que soy judío.